—No, de muy pocas toneladas y de unas siete millas de andar. Aun hubo suerte al zarpar porque llegaron poco después unos carabineros advertidos y con orden de detenernos, pero entonces ya salía del canal el «Pitucas» a unirse con el otro falucho que lo esperaba distraídamente, como si hubiera salido a dar un paseo. En él, Martínez Campos, que fué siempre delante, encañonaba al patrón por si desviaba la ruta.

—¿Y conocieron pronto ellos la meta de vuestro viaje?

—No, eso fué ya más despacio. Primero dijimos que íbamos hacia Barbate, luego que a Algeciras, hasta que tomamos decididamente hacia Ceuta, orientados por sus reflectores. El viaje, como ves, fué bueno: no había luna y la noche era clara y estrellada; nuestro mayor temor era el de que se oyeran los motores, y por eso los parábamos de vez en cuando, para escuchar entonces nosotros.

Cinco siglos

—¿A qué hora llegabais a Ceuta?

—Eran las dos de la madrugada del 22. Y ocurrió que como por entonces los rojos bombardeaban allí con frecuencia, las fuerzas tenían órdenes de disparar después de las ocho de la noche sobre toda clase de embarcación que intentara acercarse. Por eso, cuando ya estábamos a unos cincuenta metros de los ...celles y el «Pitucas» se «abarloaba» junto al «Nuestra Señora del Pilar», que era ...ello el que llevaba alguna luz encendida, advertimos con espanto que nos tiraban las ametralladoras esparcidas por el puerto. Fueron unos momentos terribles. Tal vez cinco minutos que parecieron cinco siglos. Y tuvimos muertos y heridos. Las primeras ráfagas atravesaban las dos piernas a Martínez Campos, y Manuel Romero se aplicaba a contener la hemorragia. Arcusa, con un balazo en la cabeza, que al fin le costó la vida, ...tranquilo un pitillo y después sufría serenamente la trepanación del cráneo sin cloroformizarse siquiera. Uno de los patrones, también herido, pedía agua con insistencia. ...luego, aquel desconcierto no duró mucho, porque después de cada ráfaga de ame... ...los ilesos se incorporaban para gritar con todas sus fuerzas, y por fin fueron ...sus ¡Arriba España!

—¿Y ya en Ceuta?

—No había tiempo que perder. Mora, a quien salió a recibir en un chinchorrito ...compañero suyo, comandante del torpedero que estaba anclado en el puerto, ...entrevistó inmediatamente con Beigbeder, más tarde con Yagüe, que estaba en ...de Riffien, y al mediodía se ponía en Tetuán a las órdenes de Franco.

«Que tenga usted suerte. Adiós»

—¿Se organizó pronto el regreso?

—En principio se fijó para el día siguiente, pero los numerosos impactos de los faluchos hacía necesaria la reparación del casco, tuberías, etc.; además, nuestra Aviación señalaba la presencia de barcos rojos en las inmediaciones y, finalmente, se temía por el fracaso del regreso, ya que en aquellas fechas podría influir mucho en la moral del resto de las tropas. Por fin, el día 24 tuvimos la autorización necesaria, y a las ... de la madrugada del día del Patrón de España nos hacíamos otra vez a la mar. Mora comprobó la absoluta fe del Caudillo en nuestro ...que le refirió las incidencias de la ida, le informó del estado de los heridos, que era grave, y, al despedirse, ya autorizado el regreso, Franco le dijo sencillamente: «Que tenga usted suerte. Y adiós». Con esto el nuevo viaje quedaba decidido, aunque hubiera de limitarse a los mismos dos faluchos, ya que el estado de Martínez Campos impedía madurar el proyecto de recoger en Tánger y Larache los barcos de la Almadrabera marroquí.

—¿Cómo estaba compuesta ahora la expedición?

—De patrón del «Nuestra Señora del Pilar» iba Mora, con Jorge Bastadone, de Gibraltar, como motorista, y Manuel Romero Abréu de marinero. Del «Pitucas» se hacía cargo Antonio Martín Moreno, falangista ceutí, con Carlos Romero Abréu y Francisco Martínez Toledo, fundador del S. E. U. de Cádiz. Naturalmente, los útiles de pesca, los botes salvavidas, todo lo relativamente accesorio, quedaba en tierra. Llevábamos una compañía de la Legión, la 18 de la quinta Bandera, al mando del teniente Soler, disimulados sus hombres—que en total no llegarían a doscientos— bajo cubierta y colocados sobre ella los fusiles ametralladores y ametralladoras, dispuestos a cualquier evento.

Refuerzo «de peso»

—También venía una mujer—continúa nuestro interlocutor.

—¿De verdad?

—Sí, la famosa Lola, la primera cantinera que pidió embarcarse, que muy pronto lió sus rollizos 140 kilos de peso en su manta y quedó sobre cubierta sin moverse un instante. Salíamos por fin a las dos de la madrugada, a los gritos de «¡Santiago, y cierra España!» y «¡Arriba España!», con todas las luces apagadas y en el mayor silencio; tampoco había luna y la noche era clara. Ibamos bordeando la costa con ánimo de llegar a Punta Ciris y desde allí saltar a Tarifa, y habíamos advertido la presencia de varios buques mercantes que pasaron sin vernos. Pero en esto nos sorprendió con sus reflectores el «Jaime I», que exploraba las playas y el mar en todos sentidos. Fueron momentos de emoción aquellos, mientras maniobrábamos para pegarnos más a la costa; por suerte nuestra, el acorazado siguió hacia el Atlántico sin vernos, y entonces ya, que las primeras claridades estaban próximas, fué el momento de iniciar el cruce del Estrecho, aunque la orientación se dificultaba con la ligera niebla de ahora y el hecho de que las farolas del puerto de Tarifa, ciudad liberada por suerte nuestra el día antes, estaban apagadas; además, los faluchos no disponían más que de unas brújulas rudimentarias. Por eso, al cabo, en vez de desembarcar en la playita de más al norte de Tarifa, como teníamos pensado, entramos en el mismísimo puerto, a las siete de la mañana.

—¿Mucho entusiasmo a la llegada?

—Allí no se nos esperaba, pero pronto se nos conoció por los gritos de entusiasmo que dábamos sin podernos contener. Mora era subido en hombros. Fueron escenas de emocionada alegría. Abrían entonces la iglesia mayor, de San Mateo, y sin ponernos ninguno de acuerdo, todos fuimos unánimemente a dar gracias al Señor. Después se daba cuenta de nuestra llegada a Ceuta por teléfono, y nada más.

—¿Nada más?

—Nada más. Ir en camiones hacia Sevilla, por cierto sin saber a ciencia cierta qué tal se nos recibiría en algunos pueblos del trayecto, y recibir el entusiasmo e invitaciones que nos hacían, pero sin bajar nadie de los camiones por supuesto.

Sí; pero, ¿y si...?

—En efecto—decimos—, «eso no tiene importancia». Pero... ¿y si algún barco rojo se os hubiera plantado delante? ¿Entonces, qué?

—Pues nada. Nos

(Continúa en la pág. 45)

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Y: revista para la mujer nacional-sindicalista. #66, 7/1943.